

EL PUEBLO

PERIÓDICO REPUBLICANO DEMOCRÁTICO

Se publica todos los domingos
al precio de una peseta el trimestre.
Pago anticipado.
Número suelto 10 céntimos.

La correspondencia y canje
al Director de este periódico, tanto para
asuntos de redacción
como de administración.

Génova y Barcelona

I

¿A podeis negar la existencia de nuestra raza latina y la unidad consustancial de Francia, Italia, y España: un hecho imprevisto cualquiera surgirá en vuestros caminos de la vida y del mundo á cada paso para dar irrevocable mérito al sofisma. No hay fiesta humilde y meramente literaria de felibre, que deje prácticamente de mostrar como Sicilia y Mallorca se juntan en un mismo carácter á pesar de la distancia, y como Pertenophe, Toscana, Liguria, Cataluña, Valencia forman como una marca, sobre la cual extiende sus alas, cual sobre su nido, el mismo supraesencial espíritu. Nunca he discurrido por los jardines de Valencia sin creerme transportado á la Italia meridional y nunca he recorrido los Alpes marítimos sin creerme transportado á los edenes valencianos y andaluces de Gandía y Málaga. Pero no conozco parentesco tan estrecho como el parentesco entre Génova y Barcelona. Cuando mi amigo el general Canzio, yerno de Garibaldi, me acompañaba en mis visitas, lejanas por mi mal, á Génova, mostrándome las dos obras capitales de su padre, artista eximio, autor del simulacro á Colón y del maravilloso decorado á los jardines de Pallavicini, decíale yo desde las altísimas florestas ligures con una especie de inconsciente indeliberado estribillo, usual en mí siempre que algo me atrae y absorbe mucho: «Estamos en Barcelona.» Y siempre que mis viajes me han llevado á cualquiera de las eminencias circunstantes en torno de Barcelona; tras largas horas de contemplación desde la quinta de mi amigo D. Fernando Puig de San Gervasio, y desde las altas colmenas en Vallvidrera, he dicho como el maravilloso espectáculo me recordaba Génova. Pero no existe la relación artística y natural tan solo entre las dos hermosas ciudades; existe la relación histórica. Si en el espacio se parecen ¡ah! en el tiempo se buscan. Desde la conquista de Almería por D. Alonso VII hasta la conquista de Mallorca, por D. Jaime I y desde la conquista de Mallorca por D. Jaime I hasta la batalla de Lepanto, las naves de las dos maravillosas capitalidades dejan en el arte unas constelaciones de poesía y en el mar unas estelas de gloria tales que merecerán bien sus dos entrelazados nombres de toda la Humanidad, pero donde más una y otra ciudad se juntan, es en el hecho creador, este mes conmemorado á una por todos los pueblos de la tierra, en el descubrimiento de América. Cuando desembarcáis en la estación mayor del ferrocarril de Génova os encontráis con el monumento de Colón y cuando en el muelle de Barcelona con el monumento de Colón. Y el instinto de ambos ilustres pueblos no se ha equivocado nó al erigir en respectivos preferentes sitios los grandiosos simulacros. En Génova, sino nació, se crió Colón; y en Barcelona fué

Colón feliz. El paraíso de la vida, su niñez y su inocencia, estuvo en Génova para él; y su día único de felicidad, el encuentro con los Reyes Católicos tras el primer invento y el primer triunfo, en Barcelona. Así ha hecho bien Génova, y hará mejor Barcelona celebrando con toda clase de regocijos estos recuerdos gloriosos. Los títulos de arqueológica nobleza y la herencia de blasones antiguos han desaparecido en la igualdad propia de nuestras democracias, cuyo espíritu solo admite la distinción personal adquirida por el propio mérito y por el propio trabajo; pero la nobleza de los pueblos, esa nobleza colectiva que á todos nos toca y á todos nos engrandece por igual, se ha en estos nuestros días aumentado con la divulgación cada vez mayor de las historias nacionales y al sentimiento profundísimo de unidad consustancialísima con los antepasados y con la posteridad, sentimiento dilatador de nuestra vida, pues nos hace convivir con los muertos por los recuerdos históricos y con los venideros por la esperanza en el progreso universal.

II

La gloriosísima y bella Génova estos días ha brillado con la esplendente luz de sus mejores tiempos, gracias al extraordinario piloto, que aumentara su gloria y sus timbres con la invención de América. Barcos representantes de todas las armadas, escritores idos allí de todos los pueblos han celebrado una grande fiesta latina, y como latina, también humana, también universal. ¡Oh! Mucho lo merecen Italia, Génova, Colón. La reina Margarita, el rey Humberto, elegidos por el pueblo italiano para continuar la obra milagrosa de cuatro géneos superiores: de Víctor Manuel, de Cavour, de Mazzini, de Garibaldi, han ejercido la hospitalidad genovesa, tanto á nombre de la nación como á nombre de la ciudad, por modo tan gentil, que su recuerdo quedará entre los mayores encantos y hechizos de tan preciosa fiesta. Visitas como las hechas en su regío vaporcito á todas las naos almirantes de cada flota; banquetes, en que han reinado amistosísimas intimidades entre los Gobiernos, precursoras de las que reinarán pronto entre los pueblos; bailes así en el Municipio como en las casas nobles que han obedecido al carácter democrático de nuestro tiempo y congregado hasta seis y siete mil personas; cambios de ideas en los discursos pronunciados á los brindis que terminan y coronan fraternales agapas; todos los regocijos allí pasados tienen una transcendencia, imposible de reconocer en festividades análogas, pues indican como las alianzas provenientes de la Naturaleza y de la Historia, concluyen por sobreponerse á las alianzas accidentales ó de circunstancias y el espíritu de raza por brotar cuando los pueblos de una misma familia y sangre parecen más apartados é irreconciliables. Y digo esto, no por decirlo, nó á humo de paja, y sin objeto ni sentido alguno, digo lo porque lo más notable y notado de las

fiestas ha sido el cambio de saludos entre Francia é Italia, quienes parecían enemistadas por siempre y cercanas de irse á las manos en una guerra continental inmediata. Temíase mucho, además, que la presencia de barcos republicanos, como los franceses, en aguas genovesas, llegasen á suscitar manifestaciones de política interior contrarias á la dinastía italiana y manifestaciones de política exterior contrarias á la triple alianza. Pues no ha sucedido para bien de todos nada de cuanto se temía por algunos. Convertidas las escuadras hoy en flotantes embajadas, la cordial acogida, por la corte de Italia dispensada ogaño á los marinos franceses, no ha disonado ni desmerecido de aquella tan ruidosa que le dispensara la corte de Rusia el año anterior. Nadie puede impedir á los pueblos libres un sentimiento de preferencia natural para aquellos pabellones significativos de la libertad; y en las fiestas genovesas debía resultar pabellón preferido el representante y recordatorio de la República mayor europea; el pabellón francés, y más ante un pueblo, que reconoce lo latino de su noble sangre propia y que recuerda lo glorioso de su secular Gobierno republicano. El almirante francés, obedeciendo á instrucciones muy sábias, háse reclinado dentro de una reserva muy diplomática y no ha hecho excitación de ningún género en demanda de aplausos y entusiasmo. Si de algo pecó, fué de frío, pues ni siquiera se atrevió á mentar al pueblo italiano, temiendo que creyeran buscaba una fraternal amistad con este por encima y á despecho de su monarca. Pero el rey Humberto habló en la respuesta del pueblo francés y retuvo á su embajador marino cerca de media hora en Palacio, con lo cual su regia mano abrió diestramente las compuertas retentivas del popular entusiasmo. Y así no tuvo este límites. Donde quiera que se presentaban las tripulaciones francesas, el grito de ¡Viva Francia! henchía los aires y regocijaba los corazones. Y así visitas de los institutos populares genoveses á la escuadra francesa y visitas de los tripulantes franceses á los institutos populares en un cambio de ideas y de afectos, que demuestran como el pueblo con sus instintos colectivos y con sus intuiciones milagrosas adivina lo mismo que parece reservado únicamente al génio allá en las eminencias y alturas del espíritu y del pensamiento; la interior unidad de nuestra raza.

III

Muchos festejos se han apercibido y realizado para evocar el recuerdo de Colón; pero ninguno tan propio de este año del Centenario, como la remembranza y evocación del recibimiento y acogida que le dispensaron los Reyes Católicos á la vuelta de su primer viaje; porque ninguno se presta como él á la decoración, á la pompa y al ostentoso lujo propios de las cortes monárquicas, y aun de las mismas ciudades republicanas, en el glorioso Renacimiento. Yo deploro contrariar con esto á mi sábio compañero en la Academia de Historia,

el escritor insigne Fernandez Duro, maestro en biografía colombina, que niega la existencia de tal fiesta, por no haberla mencionado el prolijo dietario de los concellers barceloneses y por no haber insistido mucho en ella los primeros historiadores del descubrimiento. Para tan sagaz y astuto crítico la festividad fué invento de Fernando Colón en la noble y natural empresa de divinizar á su padre. Pero, si Fernando tenía ese motivo, no lo tenía Las Casas, quien refiere con las mismas particularidades el negado festejo; pecando de austero, no parece propio su temperamento para la invención y urdimbre de regocijadas fábulas. Luego era ya discípulo de la Universidad en Sevilla, cuando pasaban todos estos acontecimientos, y no podía desconocerlos hasta el extremo de falsearlos ó circuirlos de bien adobadas mentiras. Si Las Casas no es autoridad histórica, porque cuenta en su vejez lo sucedido en sus mocedades, menos autoridad histórica debía ser Tácito cuando cuenta de oídas ó por lecturas lo que sucedió en el imperio romano antes de nacer él. Por cualquier parte que se abra su libro historial de las Indias tropiézanse demostraciones de su autoridad y de su competencia. «Y, aunque de aquí resulte algún favor mio (pero la gloria sea toda para Dios, pues es suya toda) este, Francisco de Peñalosa, era tío mio, hermano de mi padre, que se llamaba Pedro Las Casas, que vino con el almirante y con el hermano á esta isla española, este viaje, (el segundo) quedóse mi padre con el almirante cuando mi tío se volvió á España, y moriría el dicho mi tío Francisco de Peñalosa el año 1499 ó entrante el de 500. ¿Tenía motivos Las Casas ó no para estar bien informado? Yo no desconozco de ninguna manera la manía del descubridor en los atestados hechos por sus demandas y litigios de alterar muchas veces la verdad, en guisa de vocero y abogado pleitista, pero lo cierto se halla con frecuencia entre lo dudoso. Yo comprendo que le sucediese á su hijo tres cuartos de lo mismo, puesto que llevaba interés en aquellos pleitos eternos entre la Corona y el Almirantazgo, como en las pedigueñerías constantes del sublime, aunque interesado, adivino. Pero no militan iguales causas y motivos de duda y desconfianza cuando se trata de Las Casas, quien se nos ofrece muchas veces, fiscal, y fiscal señudo del almirante, más que su glorificador y apologista. Pues bien, Las Casas nos dice y refiere la recepción de Barcelona como pudiera decirnosla Fernando. Y no es exacto que la elidan los demás historiadores del tiempo hasta delatarla por su omisión de mentida y embustería. Veámoslo. Oviedo, no muy devoto de Colón, dice, capítulo VII de su Historia: «Después que fué llegado Colón á Barcelona, con los primeros indios que destas partes á España fueron ó él llevó, é con algunas muestras de oro, é muchos papagayos, é otras cosas de las que acá estas gentes usaban fué muy benigna y graciosamente recibido del Rey y de la Reina. E después que ovo dado muy larga é particular rela-

ción de todo lo que en su viaje é descubrimiento había pasado, le hicieron muchas mercedes aquellos agradecidos príncipes y le comenzaron á tratar como á hombre generoso y de Estado, é que por el grand ser de su persona propia tan bien lo merecía.» Y Bernaldez en el Capítulo XVIII de su Crónica: «A veinte y tres de marzo, año de 1493, entró en Sevilla con mucha honra á treinta y un días del mes de marzo, Domingo de Ramos, bien probada su intención; donde le fué hecho buen recibimiento; trujo diez indios, de los cuales dejó en Sevilla quatro, y llevó á Barcelona á enseñar á la Reina y al Rey seis, donde fué muy bien recibido, y el Rey y la Reina le dieron gran crédito.» Y Pedro Martín de Angleria en el Capítulo IV de su primera Década Oceánica dice también: «Al regresar Colón, le trataron honoríficamente, conforme por tales hazañas merecía. Le hicieron sentar en público delante de ellos, lo cual, entre los reyes de España, es la mayor señal de amor, de gratitud y de supremo obsequio.»

IV

¡Magnífica procesión la de Barcelona en 1493. ¡Encuentro sublime del viejo con el nuevo mundo! Precedían los tripulantes de las carabelas, atezados por el sol y curtidos por el agua de los mares, despertando con el bamboleo de su andar marino y el vigor de sus rostros morenos la popular atención y el universal entusiasmo: seguían en pos, llevados á hombros, aquellos vegetales tan dispares de los conocidos entre nosotros, como el maíz con sus ricas panojas, y la yuca jamás nombrada en las lenguas del tiempo, y las palmas de cocotero, y las hojas amplísimas del plátano y los tubérculos farináceos y dulces que hoy denominamos batatas; á la flora seguía la fauna curiosísima; viva la que podía conservarse tal, y disecada una gran parte, asombrando á todos los manatíes semejantes á oceánicas vacas y las iguanas parecidas á cocodrilos amansados y las sirenas de cuerpo carnoso, no tan bellas como ha querido la fábula, ofreciendo como una irrupción de nuevas especies; tras las alimañas aquellas los pájaros, especialmente los papagayos de muchas diversas clases, luciendo sus sedosos y brillantes plumajes; tras los papagayos, conducidos en perchas muy altas, los indios á pié, desnudos y pintarrachados, con sus coronas de plumas á la cabeza y sus taparrabos al vientre, muy pasmados del pasmo que producían y muy atentos al descubridor que los movía con sus miradas y con sus sonrisas á seguir entre las frases y los jestos de admiración y extrañeza que levantaban por do quier; tras los indios los pedazos de oro, las joyas primitivas, los cintos de aljófares dados por los caciques, todo expuesto con arte; y por último, una especie de estado mayor general marino; y tras él Colón, adornado con todas las insignias de sus dignidades, caballero en gallarda cabalgadura, muy erguido á pesar de sus años, muy atento á las demostraciones recibidas, en los labios la sonrisa de su gratitud, en la frente los surcos de su idea, y en la mirada el resplandor de su alma. Inútil nos parece añadir, conociendo todos á Barcelona como asiento de gentileza, y á los barceloneses como perfectos prototipos de aquella civilización y cultura, cuanto se esforzaron en mostrar que alcanzaban y comprendían toda la trascendencia del increíble suceso. Desde los arroyos de las calles á los terrados de las casas apiñábase compacta muchedumbre, delirante de verdadero entusiasmo, expre-

sado en aclamaciones sin cuento y sin medida, que llenaban y henchían á una con sus ecos todos los giros del aire y difundían por todas partes las corrientes eléctricas de los afectos comunes en que concluye por considerarse como en una quinta esencia el alma de todo un pueblo. En este poema de la invención del Nuevo Mundo, poema épico, siquier lo refiera en prosa la Historia, una elección, como la de Barcelona, para el recibimiento de Colón, parecía adrede, y no casual, pues ninguna de nuestras poblaciones tenía derecho á inaugurar la edad nueva del trabajo y del cambio, como esta ciudad excepcional de trabajadores é industriales, cuyas glorias náuticas y mercantiles compiten indudablemente con las mayores que hayan podido alcanzar las ciudades itálicas y helenas en el claro curso de su legendaria vida. Bajo un dosel, de rico brocado, sobre un trono cubierto de alfombra pérsica, estaban los dos monarcas, entre la corte más gallarda y más lujosa del mundo. Gonzalez Oviedo, historiador que tanto se para en minucias, una especie de San Simón anticipado, como puede verse por sus curiosísimas «Quincuagenas», refiere que así como asistió en Santa Fé á la triste salida de Boabdil, asistió en Barcelona un año después á la triunfal entrada de Colón. Y había motivo para envanecerse y recordarlo, porque pocos hechos de tal trascendencia en sus anales guarda la humana Historia, y pocos días tan felices ha señalado el tiempo en los seños de la inmóvil eternidad.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 30 de Septiembre de 1892.

(La Publicidad).

LA SEMANA

Extranjero

EN FAVOR DE M. HARRISON.—Una prueba de la marcha que van llevando las elecciones en favor del presidente actual de la república de los Estados Unidos, la suministran las apuestas que se están haciendo á este respecto, en este país en que todo es motivo para apostar.

M. William Edwards, conocido *sportman*, apuesta 900 duros contra 1.000 y á pesar de esta ventaja de nueve á diez, ningún partidario de Cleveland se ha presentado á aceptar la proposición. Gruesas sumas hay dispuestas en favor de M. Harrison bajo las mismas condiciones, pero los clevelandistas lo mas que se atreven es á apostar diez contra ocho. Será probable que hoy se acepten las proposiciones de éstos.

Telegrafian de Nueva York con fecha del 10:

«Ayer principiaron en Nueva York las fiestas dedicadas á Cristobal Colón. Celebráronse solemnes oficios religiosos en las sinagogas, ricamente adornadas al intento. Hoy se celebrarán divinos oficios en todos los templos cristianos. La ciudad está adornada.

Ayer alumbró por primera vez la bahía de Nueva York la gran lámpara de la estatua de la *Libertad*, de fuerza de cuatro millones de bujías.

Han llegado para tomar parte en la revista naval del martes el crucero «*Arethuse*», el aviso «*Hussard*» y la división francesa del Atlántico, así como el crucero español «*Infanta Isabel*». Se

les ha acogido con salvas de artillería del fuerte Wadsriorth y de los buques norte-americanos. El crucero «*Philadelphia*» ha ido á su encuentro.»

**

De una correspondencia de Roma que publica el *Diario de Barcelona*, copiamos los siguientes párrafos:

«De vuelta el compositor Mascagni de sus triunfos de Viena, prepará en Florencia la representación de su nueva ópera «*Rantzau*», después de la cual dará á los teatros de Italia este joven maestro, que parece tan fecundo como Verdi, Ratcliff de Heine y un Nerón de Hamerling. A propósito del Nerón, tal anuncio parece ha hecho salir de su targar á Arrigo Boito, quien, terminado su compromiso como libretista con el autor del *Falstaff*, se ha decidido al fin á terminar su antigua partitura que lleva también el título del famoso Emperador romano.

Hablando de Génova diré que al fin esta noche en su teatro Carlo Felice dirigiendo la orquesta Mancinelly y asistiendo tras del escenario el compositor Franchetti se cantará el Cristobal Colón por la Eivira Colonnese, que sostendrá como en el *Mefistófeles* de Boito, dos partes, la de la Reina Isabel en el acto 1.º y la de la Reina india Iguomota en el tercero y cuarto; por la Novelli desempeñando la parte de Anacoana hija de la Soberana de aquella isla americana; por Garbini, tenor, con el papel del español Guevara, enemigo de Colón, y por el baritono Kaschmann, á quien está reservada la figura del descubridor del Nuevo Mundo. El bajo Navarrini y otros cantantes de menor importancia toman parte en esta partitura, cuyo argumento ha bosquejado el libretista Luis Illica, tomando en gran parte las escenas de la Africana, alterando toda la historia y no mostrándose nada benévolo hacia los españoles, cosa que tanto contrasta con la recepción que la ciudad Superba en las fiestas del Centenario ha dispensado á cuanto procedía de España. Como dije, el «*Cristobal Colón*» que tiene cuatro actos y un epílogo se abre en Salamanca, en el Convento de San Esteban, evocando como en la Africana el recuerdo de los que se opusieron á las empresas de Colón y á las de Vasco de Gama. El acto segundo pasa todo en el Océano, viéndose la carabela «*Santa María*», mitad en tamaño de la auténtica en una decoración asombrosa, con todos los episodios dramáticos de que fué teatro hasta el descubrimiento de las nuevas tierras. Las escenas complicadísimas del acto tercero son en Karagua, á orillas del lago sacro y, como digo, reproducen cuadros muy parecidos á los de la Africana. Por último el epílogo tiene lugar en Medina del Campo y se cierra con la muerte de Colón.

**

Dice el *Petit Journal*.

«Los periódicos ingleses anuncian que el Emperador del Japón ha decidido hacer dentro de poco un viaje á Europa.

Este viaje escitará de seguro tanto interés como el del Shah de Persia. Es de esperar que todos los personajes del séquito del Soberano japonés se portarán como caballeros. El mismo Emperador es, por lo demás, en todos conceptos, un Monarca civilizado; está acostumbrado también á las manifestaciones públicas de toda clase y es muy aficionado á diversiones y sobre todo á las carreras de caballos.

Se cree que el Mikado llegará á Inglaterra el mes próximo.»

**

La muerte de M. Renan ha suscitado ya las ambiciones respecto de su sucesión en la Academia francesa, citándose entre los aspirantes á M. Zola y al filósofo M. Ribot, al que no debe confundirse con el ministro de Negocios extranjeros.

La Academia francesa tiene el don de preocupar los ánimos de una manera extraordinaria. Cada una de sus elecciones es un acontecimiento que escita la ira y el entusiasmo, cual si de ella dependiera la salvación de la patria. Se acusa á dicha Corporación de parcialidad, y, sin embargo, se le atribuye tanta importancia como al gobierno y se dejan en el olvido todas las demás Academias de ciencias, ciencias morales, Bellas letras, etc.

**

De un periódico de Suiza:

«Sigúense unas á otras las muertes de hombres ilustres que se semejan. En la misma semana en que Francia perdió á su Voltaire, Inglaterra lloraba á su Lamartine, á su poeta mas célebre, al mas amable y mas amado de todos, Alberto Tennyson.

Era contemporáneo de M. Gladstone y el decano de los literatos ingleses y amigo aquél como hombre, detestando al mismo tiempo la política del decano de los hombres de Estado. En ninguna parte más que en aquella nación vigorosa física y moralmente se pueden encontrar tantos ancianos grandes hombres que lleven dignamente y casi de una manera régia su corona de canas. La muerte del laureado poeta es para Inglaterra un duelo nacional; así que es de esperar que la administración pública pedirá para él una sepultura en la abadía de Westminster, de ese panteón inglés patriótico y religioso á la vez que tiene sobre el de París, al cual se bautiza y desbautiza cada veinte años, el mérito de haber podido, de muchos siglos á esta parte, guardar fielmente á todos los difuntos ilustres que el respeto público les ha confiado.»

Nacional

La batalla de flores en Barcelona.

Del *Diario de Barcelona* del martes:

De mero ensayo tan solo puede calificarse la fiesta verificada ayer tarde en el Parque con el nombre de Batalla de flores. La dirección de la fiesta dejó desatendidos muchos detalles que son importantísimos cuando se trata de una aglomeración de gente como la que acudió ayer tarde al Parque. Para la entrada general se abrió únicamente al público una de las puertas laterales frente al Paseo de la Aduana, y como era insuficiente, se produjo una confusión espantosa que trataban de apaciguar los guardias civiles de caballería, produciendo esta intervención un efecto contrario, toda vez que aumentaban la confusión y los chillidos de las señoras al aproximarse los caballos de los guardias.

El sitio designado para la fiesta eran los paseos de los Alamos y de los Olmos; en los que se habían construido dos hileras de palcos junto al talud que bordea los arroyos laterales. En la parte superior de éstos había sillas, pero en tan escaso número, que más de las dos terceras partes de los espectadores estaban de pié y muchos palcos carecían de ellas. En el ángulo de la Pajarera se había levantado el palco destinado á las autoridades, lujosamente adornado con cortinajes de terciopelo y oro, y enfrente, en el ángulo opuesto, un tablado para la prensa sin asientos de ninguna clase. Á las tres en punto, anunció un disparo de

morterete la hora de dar principio á la fiesta según el programa, pero no pudo ésta empezar porque dentro del recinto del Parque no había todavía una docena de carruajes.

Así transcurrieron tres cuartos de hora, y mientras se iban llenando los palcos y tribunas acudieron algunos carruajes en muy corto número adornados con flores. Presentóse un lujoso break del señor marqués de Marianao, adornado con exquisito gusto, que ostentaba en la parte posterior el escudo de la casa formado de flores; una victoria convertida en cesta de flores, y algunos coches particulares y de alquiler, más ó menos adornados con flores, y gran número de carruajes de todas clases sin adorno alguno. Entonces se estableció el curso siguiendo los coches en dos ó tres apretadas filas los dos paseos indicados. Entre la tribuna de las autoridades y jurado y las personas que ocupaban algunos de los coches se cambiaron ramos de flores, pero en tan escaso número, que pasó desapercibido esto de la mayor parte de la concurrencia. Los individuos de algunos palcos vecinos al de las autoridades empezaron á arrojar ramos de flores á éstas, estableciéndose una lucha que duró cerca de un cuarto de hora, hasta que se presentó un carro del Real Club Náutico que fué saludado con un aplauso espontáneo. Constituía dicho carro un skiff de regatas colocado sobre un lecho de flores, arreglado con tanto arte y buen gusto que atraía las miradas del público. En la parte de popa de la embarcación ostentaba en un elevado mástil el escudo de la Sociedad rodeado de remos en forma de sol y al rededor del skiff y en un balconcillo saliente se hallaban varios socios del Club que arrojaban flores á las señoras y señoritas.

El jurado procedió entonces á la entrega de los premios y una parte del público demostró su descontento al conceder el primero, que se dió al break indicado, produciéndose una gritería infernal. Cuando tocó el turno al carro del Club Náutico, un alguacil iba á entregar otro premio á uno de los jóvenes del skiff, que no quiso aceptar en señal de protesta, originándose otra gritería monumental y aplausos tan pronto como se enteró el público de lo que sucedía. El premio consistente en un pendón se adjudicó á dos señoras que ocupaban la cesta de flores y otro fué concedido á una jardinera adornada con riqueza y arte.

A las cuatro y media se presentó otro carro perteneciente al Real Club de Regatas que llamó también la atención como el anterior y que consistía en una riquísima góndola veneciana, adquirida en la misma ciudad de Venecia, adornada con flores y colocada sobre un carro tirado por cuatro caballos enjaezados. Como el skiff tripulaban la góndola varios jóvenes que vestían el uniforme del Club y al igual que aquellos arrojaban flores á las señoritas de los palcos. El Ayuntamiento presentó un carruaje elegantemente adornado por el jardinero municipal Sr. Oliva. Como el espectáculo de la fiesta quedó limitado al ángulo de los paseos de los Alamos y de los Olmos, se aglomeró allí tanta gente, que no teniendo cabida en la parte alta descendió al arroyo central, formando una muralla humana delante de los palcos.

Cada vez que los guardias civiles y municipales de caballería trataban de despejar, se producía un tumulto espantoso hasta que el sol empezó á declinar y muchas familias abandonaron los palcos y sillas, terminando de este modo la fiesta mientras dejaba oír sus acordes la banda municipal situada junto á la pa-

jarera antigua. A las cinco los coches empezaron á salir del Parque por la puerta del Salón de San Juan y en hilera se dirigieron á recorrer el curso señalado.

Las quejas, por lo desorganizado que anduvo todo, fueron unánimes. A la vista de los agentes de la autoridad se sacaron las sillas de los palcos por espectadores que se apoderaron de ellas sin tener derecho. Cuando los dueños de los palcos se presentaron, los encontraron sin sillas, como hemos dicho, además de hallar que algunos palcos no estaban numerados. El espectáculo también, conforme aparece de nuestro relato, resultó pobrísimo en conjunto y hubiera acabado en la mayor frialdad á no haberse promovido los incidentes de que damos cuenta y que le dieron una animación á la verdad nada agradable para la generalidad de los espectadores y sobre todo para las señoras. En resumen, la Batalla de flores ha sido un nuevo fiasco; decimos nuevo porque los festejos anteriores, anunciados por el Ayuntamiento, también lo han sido hasta ahora y mucho tememos que se seguirá por aquel camino en los sucesivos si no se adopta alguna disposición muy enérgica, dejando de realizar ó aplazando por algunos días los espectáculos que no estén preparados del modo que exige la cultura y la importancia de Barcelona.

Al salir del Parque el Ayuntamiento con la comisión del Municipio de Génova, una vez terminada la Batalla de flores, fué objeto de marcadas muestras de desagrado por parte del público que asistió á la fiesta. Rato después un compacto grupo se trasladó á la plaza de la Constitución, frente al Palacio del Municipio, en donde estuvo largo rato silbando y alborotando contra el Ayuntamiento. Luego se trasladaron frente al establecimiento de D. Francisco Aurigemma, en la calle de Fernando VII, y allí redoblaron los gritos y apedrearon los cristales rompiéndolos. Acudieron los agentes de la autoridad y desvainaron los sables, logrando despejar el trozo de la calle hasta la Rambla. Esto ocasionó carreras, cerrándose algunas tiendas. Al poco rato quedó completamente tranquila y despejada la mencionada calle.

Del propio periódico:

Esta mañana se ha celebrado la misa de campaña al pie del monumento á Colón. A las nueve han empezado á acudir á la plaza de la Paz los cuerpos de la guarnición que se han situado en los sitios que se les habían señalado de antemano y que se hallaban ocupados por inmenso gentío. El tablado, como dijimos, se había levantado en el ángulo que enfila la Rambla y paseo de Colón, en la plataforma saliente del primer cuerpo del monumento que estaba adornada con arbustos, plantas y flores, y el altar estaba formado por un globo terráqueo de grandes proporciones.

A las diez en punto se ha presentado el Excmo. Sr. Capitán general con el Estado Mayor y escolta, habiendo tocado la marcha Real las músicas y bandadas de cornetas y acto seguido ha principiado el sacrificio de la misa, habiendo sido celebrante el Vicario general castrense D. Pedro Figueroa. En el momento de consagrar la Sagrada Hostia el castillo de Montjuich ha disparado una salva de quince cañonazos, presentando las tropas las armas y batiendo las músicas la marcha Real. El espectáculo que ofrecía entonces la Plaza de la Paz y sus inmediaciones era imponente.

Terminada la misa, el Capitán general ha pasado á la calle del Paralelo, en donde se ha verificado el desfile que ha principiado á las once menos cuarto, habiendo en dicho sitio bastante concurrencia.

Entre las distintas comisiones que han asistido á la misa de campaña, figuraba la del Municipio de Génova, si bien esta última no ha podido presenciar el grandioso espectáculo que ha ofrecido el acto en el momento de la Elevación, á causa de haber llegado á la Plaza de la Paz cuando la misa tocaba casi á su término.

Local

En la mañana de ayer falleció, víctima de penosa enfermedad, D.^a Francisca Pons, esposa de nuestro particular amigo D. Juan Seguí Vidal, dueño de la acreditada confitería La Balear.

Al par que damos á nuestro amigo y apreciable familia nuestro más sentido pésame, les deseamos la resignación necesaria en tan duro trance.

Anoche tuvo lugar la retreta anunciada por la sociedad «Circo Colón», siendo muchísima la concurrencia que acudió á presenciarla. Llamó la atención, especialmente, la carroza alegórica que figura la chalupa de la nao «Santa María», en la cual se formó un artístico grupo. Además concurrió la notable farola de la Sección Torpedista de este puerto. El baile estuvo brillante y el salón, adornado con exquisito gusto por medio de colgaduras, cuadros, banderas, escudos heráldicos y guirnaldas de flores, producía un conjunto admirable.

Nuestros plácemes á la sociedad «Circo Colón», por su feliz idea y por lo bien que la ha realizado.

El Ayuntamiento en su sesión última, aprobó el informe de la comisión de Beneficencia sobre alumbrado eléctrico del Teatro Principal. Se aceptó, en principio, la oferta de D. Juan F. Taltavull, gerente de la Sociedad general de Alumbrado y se decidió que, interin resuelve el Sr. Gobernador de la Provincia, sobre la urgencia del caso, formule dicha Comisión de Beneficencia unas bases para abrir concurso entre los que quieran hacer proposiciones sobre el referido alumbrado.

En Ciudadela se celebran fiestas civiles-religiosas para solemnizar el cuarto centenario de Colón, habiéndose construido un facsímil de la nao «Santa María», en la plaza que ha de llevar el nombre del ínclito navegante.

Aquí, desgraciadamente, quedará reducida la manifestación pública á la misa oficial que ha de celebrarse esta mañana en la Parroquia de Santa María y á los festejos costeados por la Sociedad Circo Colón. Es verdad que ya por las fiestas de la Virgen de Gracia demostró esta población su entusiasmo por el recuerdo que estos días se solemniza, pero esto no obstante, consideramos un desdoro para todos que á lo menos no se haya hecho algo, cuando por todas partes se celebra con tanta fastuosidad el descubrimiento de América.

Por fin después de una prolongada sequía, nos hemos visto favorecidos por una benéfica lluvia, deseada por todos los agricultores, así de esta isla, como de las de Mallorca é Ibiza. Gracias á ella podrán hacerse con regularidad los

trabajos agrícolas y no nos veremos privados de agua en las cisternas, pues ya comenzaba á escasear.

Por la Alcaldía de esta ciudad se ha convocado la Junta Municipal á sesión extraordinaria para el día 18 del corriente á las doce de la mañana al objeto de tratar de la reorganización del servicio médico de este distrito, de conformidad con las disposiciones del Reglamento para el servicio benéfico sanitario de los pueblos de 14 Junio 1891. En dicha convocatoria se señala el 20 del propio mes á la misma hora para celebrar la sesión caso de no tener lugar el día designado por falta de concurrentes.

Esta noche tendrá lugar en el casino «El Consey» un lucido baile en el que, como en los hasta aquí verificados, se estrenará una graciosa pantomima.

CUENTOS AJENOS

Los coraceros de madera

Estamos en el boulevard, en la esquina de la calle Taibout.

Cae una lluvia finísima, casi invisible como si saliese de un colosal pulverizador oprimido desde el cielo por una mano gigantesca.

Todo el firmamento se presenta gris y obscuro. Los árboles han perdido sus hojas. Negro lodo cubre las aceras de las calles. Los transeuntes se deslizan, los caballos resbalan, las ruedas patinan.

Hace un frío de Diciembre, agudo, y no obstante, á pesar de la lluvia y del viento Norte, el boulevard está lleno de gente. Gran número de personas corre á sus negocios y otras se pasean lentamente cruzándose entre sí.

En el ángulo que forman el boulevard y la calle Taibout está parado un muchacho. Apenas tiene diez años. Sus mal peinados cabellos castaños le caen en duros mechones sobre la frente hasta las cejas. Su pantalón, su chaleco y su chaqueta los han sacado, á lo que parece, á tijeretazos, de un vestido de terciopelo rayado y en desuso; en otro tiempo debió ser marrón, ahora es gris por el mucho polvo que lo cubre. Un coche particular que acaba de pasar rozando la acera, le ha salpicado el rostro de barro.

Tiene unos ojos azules, vivos y penetrantes; se llama Carlos Frou, y su padre es constructor de juguetes.

Desde hace algunos días su padre explota un nuevo juguete: un coracero de madera, de actitud heroica, que blande un sable llevando á todo galope á su caballo; el caballo galopa sobre ruedas y el sable se levanta, se baja, agujerea pechos invisibles y corta cabezas imaginarias, mientras que el coracero rueda con el bigote erizado y los ojos feroces.

El padre de Frou vende muchos de estos juguetes paseándose á lo largo de los grandes boulevards, desde el Ambigú á la Magdalena, y ha colocado á su hijo en la esquina de la calle Taibout, con un tablón colgado al cuello con una cinta, y sobre la tabla el escuadrón de coraceros resplandecientes y feroces.

Todas las mañanas le da veinte, y el juguete cuesta un franco.

Todas las noches, cuando sube al sexto piso de una casa de la calle de las Acacias, tiene que llevar Carlitos para

justificar su venta, tantos francos como coraceros le ha entregado su padre.

Carlos tiembla al sentir sobre su cuerpo la fría y helada lluvia.

Las mejillas, las orejas, la nariz, las tiene completamente rojas y sus manos ateridas, metidas hasta el codo en los bolsillos del pantalón.

Con voz débil y melancólica anuncia:

—¡A los coraceros, á los bonitos coraceros!

La gente pasa con indiferencia.

Y Carlos repite su grito con regularidad, como lo aprendió de su padre.

Pero el padre, un dorador de metales, sin trabajo, viudo y que ha tomado aquel oficio por no morir de hambre, acompaña á los gritos de venta palabras picantes y alegres en demasía, que llaman la atención y aumentan la venta.

En cambio el pequeñuelo está triste.

—¡A los coraceros! ¡A los bonitos coraceros!

Hasta en la voz tiene lágrimas. No es que tenga frío. Está acostumbrado á él. No es que esté enfermo ó que tenga hambre: es robusto y su padre lo quiere mucho. Entonces, ¿por qué llora? ¿Por qué, como asustado y casi temeroso, mira á los niños de los ricos que se acercan á su tiendecita ambulante y tocan los coraceros de madera? Y cuando las monedas se pierden en sus bolsillos, ¿por qué se hinchan sus labios y suspira, siguiendo con la mirada celosa al niño que se lleva el coracero y se pierde entre la gente?...

La venta ha sido buena aquel día...

No tiene más que un juguete, uno solo, y en el fondo de su bolsillo suenan diecinueve monedas.

Cerca de él, casi rozándole, pasa un niño del brazo de su madre. Es pequeñito y delgado, tiene la fisonomía demacrada, amarillenta, ajada. Le cuesta mucho arrastrarse y una gran joroba le deforma el hombro derecho. Es de la misma edad que Carlos Frou. Por lo demás, sin haber jugado nunca juntos, sin haberse hablado jamás, se conocen. Se han encontrado muchas veces. El jorobado se llama Gastón Lembelly—hermoso nombre para un cuerpo tan pobre—y su madre, una viuda riquísima, habita el primer piso de la casa de la calle de las Acacias, que es de su propiedad.

Al pasar junto á Carlos, Gastón se para.

Ha reconocido al vendedor y se sonríe al darle los buenos días. Ha visto también el único juguete que queda.

—¡Oh, mamá, qué bonitos coraceros!...

Sus ojos, rodeados de un círculo negro, ojos de enfermo, condenados á cerrarse pronto, se agrandan, y su mano, larga, flaca, blanca como la cera, avanza con avidez, se apodera del juguete y hace mover su resorte.

Y el caballó se mueve y el soldado blande su sable cortando cabezas y atravesando pechos imaginarios.

—Mamá, cómpramelo, cómpramelo...

—¿Cuánto vale tu juguete, hijo mío? dice la madre al camelot.

—Un franco, señora...

—Tómalo...

Y Gastón Lambelly se lleva el juguete.

Ya no queda ninguno en la tabla... y Carlos baja la cabeza... sus labios se contraen... se contiene con toda su voluntad... quisiera no llorar... pero no puede... Y suspira... con fuerza tocando casi con la frente en la mesilla vacía y con las manos invariablemente metidas en sus bolsillos...

Llora el pobrecito traspasado de dolor.

Gastón Lembelly le oye y se vuelve arrastrando á su madre hacia el vendedor.

—¿Por qué lloras?—le pregunta, teñéndole enseguida, porque todos los niños son hermanos...—Te han hecho daño?

Pero el pobre muchacho no contesta porque no puede y sigue suspirando.

El enfermo insiste:

—Vamos, dime, ¿por qué lloras?

Carlos enjuga sus ojos con la manga de la chaqueta, poco antes llena de salpicaduras de barro.

Al fin habla entre sollozos y suspiros.

—No... no lloro... nadie me ha hecho daño... No, no lloro... sino que mis coraceros... mis coraceros...

—¿Qué! ¿No te los han pagado?

—Sí... pero los quiero tanto... son tan bonitos... Cuando los tengo aquí delante... ¡me dan una alegría! Pero no me atrevo á tocarlos... papá me lo ha prohibido. Después, cuando todos se han ido, lloro... lloro... porque me gustaría tanto tener uno... para mí... para mí solo...

—¿No se lo has pedido á tu padre?

—Sí. Pero papá no quiere dármele. Dice que cuestan muy caros.

El enfermo contempla al vendedor con ojos de asombro.

—¿Te gustaría éste?—le dice.

—Sí...—contesta Carlos.

Y vuelve á suspirar con mas fuerza.

Entonces Gastón le alarga el juguete.

—Toma, te lo doy... Quédate con el franco y con el juguete.

Carlos Frou no cree en lo que oye; no se atreve á creer. Espera, duda un poco, está con las manos medio tendidas, los dedos encogidos, los ojos bajos, dibujándose en su boca, una sonrisa que expresa bien á las claras el inmenso placer que experimenta.

El enfermo pone sobre la tabla su coracero madera.

—¿Verdad, mamá, que quieres que se lo dé?—dice.

—Sí, hijo mío, sí—contesta la madre enternecida.

Y madame Lembelly desaparece entre la muchedumbre con el jorobadito.

Carlos Frou vuelve á la calle de las Acacias.

Lleva la cuenta justa. Por la mañana tenía veinte coraceros. Por la noche lleva veinte monedas.

Ha guardado el juguete en el bolsillo y por la noche juega con él. Lo mismo hace por la mañana antes de salir y aun después de haber salido no se atreve á dejarlo en casa por miedo á que lo encuentre su padre y se lo haga vender. Por esta causa lo lleva consigo por los boulevards.

Y todos los días del crudo mes de Diciembre hace lo mismo.

Pero ahora está contento. Su voz, aunque débil, no es tan triste cuando grita:

—¡A los coraceros! ¡A los bonitos coraceros!

Han pasado dos meses. El vendedor no ha vuelto á ver el enfermo, pero el juguete que éste le regaló sigue haciendo sus delicias.

De repente, un día oye decir á su padre:

—Gastón Lembelly, el hijo de la propietaria, está muy grave.

Carlos Frou siente oprimirse el corazón, y lágrimas de dolor acuden á sus ojos.

Dos días después exclamó el padre:

—Gastón Lembelly, el hijo de la propietaria, ha muerto.

Carlos se encerró en su cuarto. Acos-

tóse, echó sobre su cabeza mantas y sabanas y lloró. Lloró sin saber por qué. Durmióse derramando copiosas lágrimas y aun en sueños volvió á llorar.

Dos días después, bajo la puerta cochera de la casa, se veían las colgaduras negras con dos iniciales de plata.

G. L.

Y entre coronas, flores y cirios encendidos un ataúd pequeño, muy pequeño, como para un niño de cinco años.

Tras el féretro se veían muchos amigos.

Y allá, muy lejos, tras del cortejo fúnebre y siempre con las manos en los bolsillos, seguía Carlos Frou con su raído terno de terciopelo y tan mal peinado como siempre.

El cielo estaba sombrío.

Grandes copos de nieve fundida caían á cortos intervalos y el viento lanzaba la helada lluvia sobre los rostros de los acompañantes.

Carlos Frou no se atrevió á entrar en la Iglesia.

Anduvo rodando por las calles haciendo tiempo, pero al fin se reunió á la comitiva, cuando ésta se dirigió al cementerio Montmartre.

Cuando enterraban al niño, Carlos permaneció á alguna distancia de los demás. Estaba allí avergonzado, como si hubiera cometido alguna mala acción y se alejaba de los guardias por miedo á ser expulsado.

Cuando ya no quedó nadie alrededor de la tumba, sólo se acercó tímidamente Carlos y miró hacia atrás á ver si alguien le observaba.

Pero no, estaba solo...

Entonces, con mucha precaución con ternura exquisita, sacó el coracero de madera del bolsillo de su pantalón de terciopelo...

Lo contempló un segundo... hizo mover el resorte... hizo galopar por última vez el caballo, el sable cortó, atravesó, puso en fuga á los enemigos aterrizados... y Carlos lo abrazó...

Después derramó una lágrima y colocó el juguete entre las coronas y las flores de su amiguito.

JULIO MARY.

IMPRENTA DE B. FÁBREGUES
San José, sin número
DESPACHO: Calle Nueva, 25

SECCIÓN DE ANUNCIOS

HELADORA ESPAÑOLA

Unico aparato práctico que permite hacer el hielo, á la par que barato y muy rápidamente, aprovechándose con gran éxito en los casos urgentes para enfermedades como hemorragia, difteria, fiebre cerebral, crup, etcétera.
Es útil y hasta indispensable en Hospitales, farmacias, fondas, etc.
Representante en Mahón D. Antonio Orfila, calle Nueva 25, imprenta de EL PUEBLO, donde se halla una á disposición de quien desee verla.

SOBRES IMPRESOS
Se hacen en la imprenta de EL PUEBLO.

AVISO

En la calle Nueva n.º 25 se compra, al contado, cuanta resina se presente, siempre que sea á un precio equitativo.
¡OJO AGRICULTORES!

ARROPE DE MOSTO DE UVA de la viña LA PALMA

Se acaba de fabricar en la Confitería del mismo nombre, calle Hannover 13, y á pesar de las cualidades que reúne dicho dulce se vende al ínfimo precio de 50 céntimos de peseta la libra de 400 gramos, haciéndose notables descuentos tomándolo al por mayor.

CONFITERÍA LA PALMA
13, HANNOVER, 13

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA
por D Miguel de Cervantes Saavedra.
Admite suscripciones á esta obra D. Juan Fábregues Sintes, calle de San José n.º 1, y el impresor de EL PUEBLO.

VISTA DEL PUERTO Y CIUDAD DE MAHÓN

REPRODUCCIÓN DE UN CUADRO AL ÓLEO original de
D. FRANCISCO HERNANDEZ SANZ
Puntos de venta en Mahón: D. Francisco Timoner, calle del Castillo.—D. Antonio Tuduri, calle Arravaleta.—D. Bartolomé Rotger, calle Nueva.—D. Bernardo Fábregues, imprenta.—Tienda «La Andaluza», calle Arravaleta.
En Ciudadela: D. Salvador Fábregues, imprenta.
Precio de cada ejemplar: 2'50 Ptas.

LA MALLORQUINA

En el HORNO de Metxani, Plaza Vieja, se encontrarán ensaimadas mallorquinas, bizcochos de todas clases y galletas dulces. Se servirán á domicilio.

LISTAS DE EMBARQUE
Véndense en la imprenta de D. Bernardo Fábregues, calle Nueva, 25.

Para vender

Lo están en Alayor las casas número 2 de la plaza del Príncipe y la del número 22 de la calle de Sta. Agueda.
Para informes en Alayor en casa de don Pedro Buils y en Mahón calle Nueva número 16.

Para alquilar

Lo está la casa calle de Alonso III, número 3. Para informes calle del Rosario número 25.

Tarjetas de visita

Se hacen en la imprenta de EL PUEBLO.